

Maugard acaba de descubrir y armonizar los siete elementos lineales primarios del arte popular mexicano, y este descubrimiento lo ha convertido en método de enseñanza, que le dará un carácter incontaminable a la producción mexicana en todas las artes que utilizan el dibujo.

Parejas con este sentido artístico extraordinario, el mexicano ha desarrollado siempre y ahora con gran audacia, sus aptitudes científicas.

Durante los siglos coloniales salieron de aquí para la península Lulios y Scotos a porrillo, y menudearon estudios y discusiones sobre metafísica, metalurgia, plantas medicinales, cometas, auroras boreales y cosas lingüísticas y arqueológicas. Durante el siglo independiente, apareció una generación positivista, de grandes méritos, que se libertó espiritualmente y dedicó todo su amor y entusiasmo a las ciencias prácticas. Actualmente, hay pensador mexicano como José Vasconcelos, cuyas interpretaciones pitagóricas y budistas, y principalmente, cuya labor en la Secretaría de Educación como formidable ensanchador de cultura, lo personalizan como tipo del revolucionario socialista y cristiano, conscientemente audaz, que necesitamos en todos los países de nuestra América. Vasconcelos ha ideado esa *Nueva Ley de los tres estados*, (1) que señala un ritmo nuevo y fecundo de desenvolvimiento humano, y que deberíamos esforzarnos por que se convirtiese en ley evolutiva de nuestra porción del universo.

La poesía mexicana abre lecho caudal en el continente. En un verso de Gutiérrez Nájera, aquel que dice:

Morir cuando la luz triste retira
sus redes áureas de la onda verde,

ha descubierto la crítica el primer destello de todo el modernismo.

Cuando Rubén Darío comenzaba a hablar, era para saludar a Díaz Mirón en toda su gloria, duplicada después. Nervo, Tablada, Urbina, Ochoa, González Martínez, López, Icaza, López Velarde, con otros más, en días más distantes o recientes, cantan para toda la raza. La suma de peculiaridades que antes tuve en consideración, y la variedad y belleza del paisaje mexicano, sobre todo en el Anahuac limitado por volcanes vivos y nevados muertos, encuentra su inconfundible expresión estética en esta poesía ardiente o serena, extraña y cristalina, que deja escuchar ecos y profecías, alientos de razas milenarias y rumores del mar de la eternidad.

(1) Véase en el REPERTORIO AMERICANO, N° 4-5, tomo 5.

Objeción desechable

Se me podrá decir que sólo hago aprecio de las virtudes mexicanas y que me callo los vicios y defectos de este pueblo. Respondo que los pueblos sirven a la civilización y a la cultura universales no con sus vicios y defectos sino con sus virtudes y excelencias. Sólo trato de señalar los salientes del espíritu mexicano que deben ser conocidos y admirados, y objeto de estímulo y copia, conforme al genio local de cada pueblo, por las demás naciones fraternas, poseedoras de iguales problemas y que no quieran someterse a la suerte de ser en el futuro simples colonias espirituales y temporales de Europa y los Estados Unidos.

Además, algunos de los vicios y errores mexicanos, si he de decir cuanto siento, merecen incorporarse entre sus virtudes, al menos porque han servido de defensa a este pueblo, como las púas y garras a algunos seres de la creación multiforme. Si hasta la fecha no ha sido devorado México por los más fuertes, lo debe a la ferocidad y pujanza de que no son escasos en dar muestra los pobladores. En fin, estas cuestiones pueden tratarse mejor en escritos de fines contrarios o diversos del presente.

Deducción práctica

ENTRE las veinte repúblicas indolatinas existe una, los Estados Unidos Mexicanos, que sobresale por caracteres especiales, que encarna el tipo original indolatino; «la más viril de todas», con las palabras del Presidente argentino Irigoyen; esta República, en todos respectos, está en camino de realizar la civilización material y la cultura espiritual originaria, autóctona, propia, a que deben aspirar las demás naciones del mismo grupo étnico. Conscientemente unas veces, y otras sólo con instintiva fiereza y prontitud, esta nación defiende y salvaguarda los derechos de las otras a la vida y la libertad, función que cumple principalmente cuando se preserva a sí misma de toda intervención política extranjera.

La señal más evidente de que las Repúblicas suráneas han despertado al llamado de la realidad, a la convicción de sus destinos históricos e ideales, ha de consistir en la medida misma en que sepan demostrar su solidaridad con la suerte de México y buscar en este país el ejemplo y norma de su desenvolvimiento material y cultural. Sólo los países del Centro y Sur de América pueden simpatizar con México, porque sólo esos países pueden comprenderlo plenamente. Para ello, deben esforzarse en conocerlo. Para conocerlo bien, no necesitan sino corresponder al decidido y persistente

esfuerzo con que México se ha orientado hacia el Sur, tendiendo hacia allá todos los cogollos de su esperanza, que quieren agarrarse a frondas gemelas.

Ante la dirección obligada por fuerzas tan antiguas, tan profundas y permanentes, importan bien poco las renegaciones y desvíos ocasionales de algunos hombres y aún de algunos pueblos. Las Pléyades, durante ciclos y evos, han venido distanciándose a los ojos de los astrónomos, desde los pastores caldeos hasta las lentes de los observatorios de California. A la inversa, ante la observación de los demás continentes, las veinte Repúblicas indolatinas no podrán sino irse acercando a una gran unidad nacional, a medida que discurren décadas y siglos. El espíritu mexicano ha creado y dirige el ritmo de esa conjunción humana, y será el magno prodigio histórico si llega a fortalecer y arraigar el amor del hombre para el hombre, por sobre las razas y diferencias, y de los pueblos para los pueblos, por sobre las fronteras.

HUMBERTO TEJERA

México, D. F., noviembre de 1923.

El Cristo en las escuelas...

(Viene de la página 17).

paso sereno de la ciencia. Pero si para repudiar esta fe debemos borrar de nuestro espíritu toda certeza, el principio, que será siempre el fundamento, de lo cognoscible y, por consiguiente, de todo conocimiento, seremos víctimas del juego cruel de esa potentísima herramienta de que se sirve el hombre: el pensamiento. Entonces, aquel Dios a quien habíamos vuelto desdeñosamente las espaldas recibe el homenaje de nuestra fe bajo la forma mezquina y ridícula de un problema gramatical. La fe debe ser fe. Una, la tenemos todos, fuera tan sólo aquella sobre el terreno en que caminamos o la pluma con que escribimos. Pero la fe, por dignidad, debe corresponder al gran mundo en que nos movemos y obramos.

«La laicidad, hasta ayer, ideal y norma de la vida italiana, era la vieja laicidad negativa de los impotentes, que conjuraría el peligro clerical, disimulando la existencia de una fuerza armada contra el Estado y el pensamiento modernos. Los italianos que produjeron esa ficción los conocemos: son aquellos que ahora no queremos ser; aquellos que negaron la Italia. El Estado podría despojarse del concepto divino si el pensamiento pudiera despojarse de su función religiosa. Mas, no siendo así, prescindir de la religión es sofocar la vida en que el